

parapsicológica, el furor de los nuevos milagros y el hecho sociológico del OVNI, el cráneo del genial aragonés podía haber sido birlado no ya por un ser enjopado, probablemente maléfico, incluso de evidente carácter psicopático, manifiestamente merecedor de reclusión o castigo, como ejemplo para otros seres como aquel que quiso reducir a polvo «La Piedad» del Buonarroti, sino, tal vez, por un habitante de otro planeta que así quiso estudiar con profundidad al genio; no, no pensemos que la razón de todo está en la locura de alguna dama cursi, porque a nadie puede ocurrírsele que Goya fuera tan hermoso como para despertar tal pasión y, mucho menos, imaginar que todo fue debido a que dicha fémina enloquecida literalmente por «sus huesos» tras contemplar, por ejemplo, obras como «Caza de dientes», «El sueño de la razón produce monstruos» o, simplemente, «El Saturno». De todos modos, las Pinturas Negras que se exponen en el Museo del Prado no son del todo las originales, pues, como te iba diciendo, éstas fueron directamente pintadas sobre los muros de la fantasmal quinta; los cuadros del Prado no son más que unas estupendísimas reproducciones logradas mediante un raro procedimiento. Y Sáez dio nombres, al menos un nombre, francés o inglés, Sicardi no lo recordaba, y tiempo después lo comentó con algunos amigos, en el bar, pero Sicardi estaba muy bebido y los otros creyeron que se trataba de un embrome, de una mentira provocada por los vapores del coñac. Déjate de bobadas, dijeron. Las pinturas son originales, no se le ocurre a nadie más que a ti contarnos algo así, claro, un inglés... ¿Por qué no nos dices ahora que en realidad Goya no era español, sino australiano? ¿Pintar directamente en los muros? ¿Nos has tomado por imbéciles? ¡Vaya fábula! ¡Digna de Asimov! Pero, no, nunca había tenido talento para mentir, creía en las palabras de Sáez, era un pintor serio, nunca hubiera inventado hasta tales extremos, incluso no había necesidad, ninguna pequeña o gran necesidad de hacerlo. Se veía en el espejo acariciándose las canas, ebrio de alcohol y aborrecible, sospechoso de imbecilidad recalcitrante, puerilmente susceptible y, sobre todo, aquellas canas, más aún las ya descamadas parcelas del rostro, cercando las ojeras abolsadas, necesariamente notorias incluso ocultas bajo las gafas oscuras. Rodeado de impotencia, desconfiado, inquieto, hubiera deseado encontrarse lejos de allí, tal vez a centenares de kilómetros, junto a la mar, mirando las olas golpeando la piedra en la escollera, justo como aquella vez, en el verano, pacífico y poseedor de equilibrio, ejerciendo de humano, anónimo y legítimo objeto componente del paisaje. Lucas Sicardi comenzaba a estar muerto y lo sabía desde dentro, lo iba aprendiendo desde hacía algunos meses, notaba su enorme necesidad de ir bebiendo día a día, recomponiendo las piezas del final hasta formar un suicidio lento, eficaz, aunque temía llegar a la meta demasiado tarde, atravesando etapas como las relatadas en los volúmenes, él no estaba dispuesto a soportar alucinosis ni delirium tremens, mejor si llega el caso usar en el momento la vía rápida, el Smith, por ejemplo, o quizá una buena dosis de barbitúricos, todavía no es necesario llegar a ese extremo, aún queda un buen trozo de camino, incluso existe la posibilidad de un accidente, un paro cardíaco, el inesperado estallido de una muerte repentina e indolora. Por lo demás, ya estaba todo hecho. El dolor. Ese era el único problema. Esto es demasiado aburrido, repetitivo, día a día los mismos sucesos, y año tras año la memoria no logra detectar imágenes auténticamente merecedoras de continuar, moviéndose para encontrar siempre el camino absurdo de lo cotidiano. El fracaso era absoluto y, desde luego, a más días vividos menos ganas de continuar en la urdimbre denominada vida. La

palabrita estuvo bien en otros tiempos, inclusive puede que nunca, y tal vez tomará significados en el futuro. Pero ahora no. Ahora se reduce, simplemente, a cuatro letritas, mentirosas. El inventor del sentido común fue un tramposo. Sin embargo, ahora escribiría a todos, a los grandes, a los famosos y magistrales dueños del idioma, ese idioma rumoroso y antiguo, demasiado antiguo, tanto que nadie sabe ya ni cuándo se comenzó a hablar así, denominando animal a la perra que bebía sin pausa, ruidosamente, a golpes de lengua sobre el cacharro metálico recién lleno, el idioma que nombraba tetas a esos bultitos del vientre del animal que ahora viene a tumbarse lento, parsimonioso, pacífico, junto a los pies desnudos y fríos de él, de Lucas Sicardi, delgado y algo incompleto entre tanto humo como cuelga de las paredes, taponando la realidad, disfrazando el ambiente con los rostros de los escritores con renombre y prestigio, célebres en casi todos los países, notables para cualquier lector de cualquier idioma, y sí, porque ya fueron traducidos como corresponde a auténticos literatos con solvencia, no como esa otra legión a la que pertenece Sicardi, no como los anónimos pigmeos predestinados a la silenciosa construcción y al innominado escalafón. Sí, ahora les escribiría a todos, a los inmensos amos del idioma, no únicamente a peninsulares, sino también a isleños, también a los de más allá del charco salino, desde Tijuana a Punta Arenas o aún más allá, quizá hasta el mismísimo Cabo de Hornos, porque no se sabe bien, nunca se sabrá bien, del todo, como es preciso; a algunos les persiguen y obligan a olvidar su lugar de origen, a otros les dejan mudos a perpetuidad trasplantándoles a los llanos más cálidos si nacieron en las frías y picudas cordilleras; en definitiva, desde hace mucho tiempo, nadie puede saber los lugares donde viven ciertos escritores de talento porque la persecución siempre vuelve a crecer como bola de nieve; nadie sabe cómo comienza ésta, a nadie se le ocurre hacer las primeras averiguaciones, sondeos, muestreos, estadísticas frías al menos, consultas veladas a personajes allegados; ahora no servían las señas de siempre, las antiguas direcciones, no podían descuidarse tampoco los contenidos de las cartas y todo porque los militares, milicos, «pacos», esbirros paralelos, así como otros inquisidores tradicionales, suelen tomarlo todo al pie de la letra, y, así, uno no puede andarse con un idioma claro y habrá que apretar bien los garfios, a nadie se le debe ocurrir ir preguntando por situaciones internas de cualquier país de cualquier punto del globo, incluso ni por medio de metáforas oscuras: deberán ser tomadas todas las precauciones cuidadosamente, sobre todo en caso de que exista la más ligera sospecha de cambio de domicilio, debido, sin duda, a alguna acusación. Ya se sabe que los dueños absolutos del poder son los únicos poseedores de palabras como libertad o justicia, pueden entregar su significado en porciones pequeñas o grandes pero únicamente prestadas, teniendo derecho a exigir su devolución en cualquier momento para que nadie se crea con derechos ni opciones a patrimonio tan excelso. Por otra parte, pueden exigir los correspondientes réditos como ocurriera en diversas etapas de la historia del mundo. Y, entonces, nos apagaremos y dejaremos de reír como hombres auténticos; ya no reiremos más ni tan siquiera cuando veamos a un niño atareado en hablar con sus animales mecánicos o limpiando con esmero la piedrecita encontrada hoy a la salida del colegio, esa piedra pequeña y suave plagada de vetas inesperadas como los ojos y la piel de este ser pequeño a quien dimos nombre y festejamos nada más nacer.

No, dicen ellos, ustedes son unos revoltosos estúpidos, agitadores de inocentes, capacitados para destruir incluso el idioma. Sicardi ha llegado a casa, demasiado tarde,